



y Gex, y Francisco I de Francia sus demás posesiones, porque se había mostrado favorable á Carlos V, que le abandonó en la paz de Crespi (1544), y que por envidia de su engrandecimiento había permitido que en 1538 Federico II, duque de Mantua, adquiriese en herencia el Monferrato.

Restableció su fortuna Manuel Filiberto, Cabeza de Hierro, guerrero inmortalizado por la victoria de San Quintin, despues de la cual hubiera podido tomar á Paris á haber sido menos tímido Felipe II. La paz de Chateau-Cambresis (1559) le devolvió sus antiguos Estados, excepto el marquesado de Saluzo; en la paz de Lausana (1561) cedió á Berna el país de Vaud en cambio de cuanto él había ocupado al Mediodía del lago y del Rhin. De este modo Ginebra, que con la Reforma se había sustraído de la supremacía de Saboya, se encontraba de nuevo expuesta á obedecer el capricho de Manuel Filiberto, que se ligó contra ella con Francia; pero Berna y Soleura trataron con Enrique III á fin de asegurar su independencia.

Desde aquella época la Saboya compartió el destino de Italia. Conociendo que un país que debe constituirse necesita armas, fortificó á Susa, Mondovi, Turin, Vercelli, Borgo en Bresse y Monmeliano; instituyó milicias que proporcionaba cada Comun, las cuales eran ejercitadas en tiempos determinados y halagadas por medio de privilegios; los feudatarios tenían la obligación de suministrar caballos. De esta manera puso sobre las armas treinta mil hombres, excluyendo enteramente á los soldados extranjeros. Situó una escuadrilla en Villafranca; restauró en 1572 la orden de San Mauricio y San Lázaro, instituida por Amadeo VIII, con el compromiso de mantener tres galeras contra los turcos, y reservó para sí y sus sucesores el título de gran maestre. Robustecido así su gobierno, pudo intervenir en todas las cuestiones que á la sazón se agitaban; Francia necesitó de él en las guerras religiosas, y España para la defensa del Milanésado.

Pero en lo interior hallaba el país despoblado, pues contaba apenas ciento cincuenta mil hombres al otro lado de los Alpes, y éstos, si se exceptúa á los habitantes de Niza, eran po-

bres é inertes: todo se volvía ódios entre güelfos y gibelinos, saboyanos y piamonteses; nobles y plebeyos, protestantes y católicos. Concluir las diferencias hubiera sido imposible; pero Manuel Filiberto dictó medidas superiores á semejantes divisiones. Tenía que gobernar un país acostumbrado á la forma monárquica, y en el que se recibía con gozo á un príncipe nacional despues de la cruel dominacion extranjera, mucho más olvidando, como olvidó, los motivos de venganza; así los pueblos, al principio inclinados á Francia, aprendieron á estimar á aquel que los libertaba del vulgo extranjero. Abolió las asambleas de los Estados Generales, como estorbo de la monarquía que creó; fundó en Carignan un senado segun el modelo de los Parlamentos de Francia, y continuó las obras emprendidas por Brisac en beneficio del comercio y la agricultura. Estableció la Universidad de Mondovi, y eligió por su secretario á Anibal Caro. Un dicho profundo salió de la boca de aquel príncipe: *El que recibe la injuria, muchas veces la perdona; el que la hace, nunca.*

Así preparó el reinado de Carlos Manuel I, á quien se dió con justicia el título de grande. Aunque estaba casado con Catalina, hija de Felipe II, formó alianza con Enrique IV, y obtuvo de éste en cambio de Bugéy, Valromey, Gex y las orillas del Ródano desde Ginebra á Lyon, á Saluzo (1601) que, al extinguirse la familia dominante, había sido tomado por la Francia como llave de Italia. Dotado de cuerpo débil y de corazon grande, fundó hospitales é iglesias, al mismo tiempo que fortalezas y galerías; instruido en las letras y las ciencias, las protegía; y él mismo escribió los *Paralelos* entre los hombres ilustres antiguos y modernos, el *Grande Herald*, compilacion de escudos de armas, é hizo extender el *Iconocoso* ó historia del mundo, Alejandro Tassoni, que halló en él buena acogida, refiere que «comía rodeado de cincuenta ó sesenta obispos, caballeros, matemáticos, médicos y literatos, con los cuales hablaba sobre diferentes materias, segun la profesion de cada uno, mostrando prontitud y viveza admirable de ingenio; pues ya se tratase de historia, ya de poesía, de medicina, de astronomía,

CAPITULO XXII

La Saboya.—La Valtellina.—Génova.—Sucesion de Mantua.

Mientras que el resto de Italia declinaba cada dia más, se formaba al pié de los Alpes un Estado, destinado á impedir que el nombre italiano pereciese. La Saboya, limitrofe de Francia y parecida á ella por su organizacion civil y política, sentia que le iba faltando parte de la independencia necesaria á un país que tiene vida propia, y aspiraba á obtenerla. El ducado de Saboya, el principado del Piamonte, la soberanía del marquesado de Saluzo, de Ginebra y del país de Vaud, Bresse, Bugéy, el país de Gex y el marquesado de Monferrato constituian la herencia de los descendientes de Humberto, el de las Blancas manos. Colocados aquellos príncipes en medio de grandes potencias y con un territorio fraccionado, tuvieron que dedicarse á redondearlo con actividad incesante y aumentando sus fuerzas militares, que guiaban en persona. Mostrábase respetuosos para con el emperador de Alemania, á fin de obtener privilegios cuando se viesen obligados por la necesidad; y las rivalidades de los diferentes Estados limítrofes eran para ellos ocasion de alianza ó de pequeñas guerras, emprendidas siempre en provecho de su engrandecimiento, al cual cooperaban tambien los vínculos de parentesco que contrain oportunamente.

Cuando Amadeo VIII, que fué el primero que obtuvo el título de duque y fijó la sucesion por orden de primogenitura, de modo que sus Estados no volviesen á dividirse se retiró á Ripaglia, le sucedió en el gobierno su hijo Luis. Licencioso al principio, luego obeso é indolente, se vió por último obligado á recurrir á la onerosa y deshonorosa proteccion de Luis XI. El beato Amadeo XI, que le sucedió en 1465, entregado á la devocion, dejó á otros los cuidados terrestres, y recomendó al morir que se observase la justicia. Yolanda de Francia, que gobernaba ya en vida suya, domiú como tutora de Filiberto I (1472), á despecho de sus cuñados. El edicto de Moncalieri (1475) cambió el derecho feudal de Saboya, declarando inalienables los feudos. La muerte de Yolanda fué seguida de la de su hijo (1482): Carlos I bajó al sepulcro á la edad de veintein años (1489): Carlos II se mató cayéndose de su cuna (1496). Apenas permaneció diez y ocho meses á la cabeza del ducado su tío Felipe II Sin Tierra (1497); sucedióle Filiberto II, apellidado el Hermoso, que se señaló en las guerras de Italia contra los franceses. Despues de él su hermano Carlos III, llamado el Bueno (1504) reinó cincuenta años con poca fortuna, pues Berna le quitó el Chablais, el país de Vaud, Ginebra



de alquimia, de guerra ó de cualquiera otra profesion, discurría siempre con mucha sensatez y en varios idiomas.» Unia á un gran valor una política muy hábil; sabia los manejos secretos de todos los gabinetes, mientras era frase corriente la de que su corazón estaba lleno de abismos, como el suelo de su país. Se presentó al gobernador de Córdoba con la expresiva divisa de una casaca que, de cualquier lado que se la pusiese, le estaba bien.

Revolviendo en su mente proyectos muy superiores á sus medios, y en razon de los muchos partidarios con que contaba, trató primeramente de ser elegido rey de Francia á la muerte de Enrique III; luego de casarse con la viuda de Enrique IV para disponer de aquel reino á su arbitrio; más adelante tomó el título de rey de Chipre, á pesar de la oposicion de los venecianos y no obstante hallarse la isla hacia mucho tiempo en poder de los turcos. Entraba en los designios de Enrique IV reunir en un sólo reino la Saboya y la Lombardia, con objeto de encargar á un poderoso Estado la custodia de los Alpes. Así, cuando aquel gran rival del Austria cayó bajo el cuchillo de Ravaillac, el duque de Saboya, que habia aspirado á ceñirse la corona de hierro, se vió obligado á pedir perdon á España, la cual, persistiendo en su odio, trató de destronarle, para sustituir en su lugar á su hijo.

Cárlos, que no cesaba de sentir la pérdida de Ginebra, dirigió contra ella un golpe audaz, intentando escalarla; y ya habian penetrado en la plaza doscientos de los suyos, cuando se les descubrió y dió muerte. Tal fué el último ensayo de conquistas transalpinas: los duques reconocieron que debian buscar su grandeza en Italia, y que quedaria asegurada cuando tuviese un pié en el mar; así, pues, Cárlos fijó la vista en Génova, aguardando lugar y tiempo favorables.

En aquel intermedio, la Valtellina habia sido causa de nuevas agitaciones en Italia. Ya hemos visto cómo sus habitantes, sometidos á los grisonos, que profesaban el protestantismo, y sintiéndose ofendidos en su religion, se sublevaron y degollaron á sus opresores, resultando de aquí la guerra. Situado este país en-

tre la Lombardia y el Tirol por una parte, y entre los grisonos y los venecianos por otra, excitaba el apetito y la envidia de todos sus vecinos; pronto se convirtió, pues, en «la Elena de una nueva Iliada.» El gobernador de Milan, que probablemente la habia incitado á sublevarse, la ayudaba entonces, pero de una manera tan débil, que no impidió á los grisonos recobrarla; tanto más, cuanto que divididos estos últimos en dos partidos extranjeros, la faccion española habia prevalecido. Hasta sucedia que los españoles, de acuerdo con los imperiales, habian invadido tambien el país de los grisonos para afirmar allí su triunfo; sin embargo, los vencidos no tardaron en reponerse y arrojar de su territorio á los austriacos, que consiguieron salvar las vidas. Estos volvieron á la carga, y si hubiesen podido instalarse en la Retia, la Italia estaba perdida. Pero Venecia hizo conocer á Francia el peligro que habria en dejar la Valtellina á los austriacos, que uniendo de este modo sus posesiones de Alemania con las de Italia, tendrían siempre el paso libre á la Península. Saboya y el papa repetían lo propio; en su consecuencia, el rey cristianísimo empezó á reclamar contra la ocupacion de los españoles, y no siendo atendido, envió al marqués de Coevres al país de los grisonos y á la Valtellina, quedando ésta, como tambien las orillas del lago de Como, ensangrentadas con encarnizados combates.

Para distraer los ejércitos españoles, aconsejaba Cárlos Manuel á Francia invadir el Milanesado por el Piamonte, y devolviendo injusticia por injusticia, ocupar el Genovesado y dividirlo con él.

Después de la conjuracion de Juan Luis Fiesco, la ley de Garibetto habia coartado en Génova la facultad de aumentar con individuos de la plebe las casas de la nobleza (*casati*), que recibían el nombre de *Alberghi*; pero no consiguió destruir el rencor existente entre los antiguos nobles y los ciudadanos ennoblecidos. Los primeros, llamados «del pórtico de San Lúcas,» estaban unidos entre sí por el préstamo hecho á España, á la cual, en tal concepto, se inclinaba; al paso que los segundos ó *del pórtico de San Pedro*, preferían á Francia, que-



rian que no se limitase la agregacion de gente nueva á las casas de la nobleza, y ayudaban á los rebeldes de Córcega.

Felipe II habia favorecido á los genoveses, esperando siempre consolidar su dominio en Italia con la adquisicion de la Liguria. Alentábase el duque de Toscana, creyendo obtener parte de ella; y D. Juan de Austria, que mandaba la escuadra española, se lisonjeó de que podria apoderarse de la ciudad con el auxilio de los antiguos nobles, y quizá constituir para sí un principado. Pero la nueva nobleza sublevó al pueblo; el papa se mostró dispuesto á gastar un millon de oró con tal de impedir aquella conspiracion; de consiguiente, los antiguos nobles fueron expulsados; y aunque estaban resueltos á volver, aun á costa de la libertad de la patria, no encontraron por parte de España los recursos que esperaban. Gregorio XIII, que se unió al emperador para restablecer la paz, hizo reformar el estatuto y llamar á los desterrados. Aboliéronse los nombres de los pórticos de San Pedro y San Lúcas, quedando solo subsistente el de nobles, comun á todos los que participaban del gobierno, y debiendo éstos recobrar sus nombres particulares y renunciar á los de los *Alberghi*. En fin, el gobierno se reorganizó, componiéndose de un colegio de doce gobernadores y otro de ocho procuradores, un gran consejo de cuatrocientos individuos y otro pequeño de ciento, tomados del primero. Bartolomé Coronato, que durante los últimos trastornos habia ejercido la tiranía, aspiró entonces á ella por medio de las conjuraciones, y fué condenado á pena capital.

Además de una cincuentena de tierras de la ribera, que habian permanecido en clase de feudos imperiales inmediatos y se llamaban las Langhe, la casa de Carreto habia conservado á Finale, que era tambien feudo del imperio; pero como de esta posesion se originaban continuas disputas con Génova, decidió venderlo á España, que lo reunió al ducado de Milan (1590). Génova lo compró de nuevo al emperador, pagando por él 1.200.000 monedas de á cinco libras genovesas; pero con aumentar sus pequeños feudos, lo que conseguía era prepararse motivos de guerras. El duque de Saboya

habia comprado á Escipion del Carreto el marquesado de Zuccarello (1568), feudo que se disputaban Génova y el emperador; mas habiendo éste anulado la venta y confiscado el feudo, Génova se lo compró.

Cárlos Manuel I, irritado, pidió auxilio á Francia, y concertó con el condestable Lesdiguières la conquista y reparto del Milanesado, el Monferrato y la Córcega, además del Genovesado, del cual pertenecerían á Francia la ciudad y la costa de Levante, como paso al Milanesado y á la Toscana, y á la Saboya la costa de Poniente. Los argumentos revelaron aquel tratado secreto; Génova, en el instante del peligro, recurrió á España, se fortificó lo mejor que pudo, consiguió convertir en humo la tentativa, mientras que Francia, sin dar parte al duque, á Venecia, ni al papa, concluyó con España la paz de Monzon, por la cual la Valtellina era restituida á los Grisonos, mediante ciertos pactos, y quedando á salvo la religion católica: las diferencias entre Saboya y Génova se sometían á la decision de árbitros.

Cárlos Manuel no pudo ménos de irritarse, y mientras el abate Alejandro Scaglia, su ministro, se mezclaba en todas las intrigas de Richelieu, él reanimó en Génova las facciones de los antiguos nobles y de los nuevos, y no vacilando en conspirar con gente de mala nota, incitó á Julio César Vachero, hombre sanguinario, enriquecido con tráfico ilegales y con el juego de dados, á intentar una revolucion. Segun los términos del estatuto de 1576 debían entrar todos los años diez plebeyos en la clase de los nobles; pero eligiendo el Senado á celibatos, á ancianos ó á personas pobres, eludía la concesion. Vachero, que á pesar de su notoria infamia, era de los que más gritaban y de los más asiduos en los círculos de la plaza de las Blancas, donde se hacia la oposicion á todos los actos del consejo y á cada sentencia de los tribunales, no podia sufrir el verse sometido á aquellos patricios á quienes creía exceder en mérito; por lo tanto, distribuyó dinero y organizó una conjuracion, cuyo objeto era atacar al Senado, asesinar á los ciudadanos inscritos en el libro de Oro, devolver al pueblo la libertad, las magistraturas y los honores, hacerse él mis-



no elegir dux y reformar la constitucion. Pero habiendo sido descubierta la trama por una traicion, fué preso y ahorcado, no obstante la proteccion del duque de Saboya, que arrojando la máscara, llegó hasta amenazar á los genoveses con usar de represalias.

Por entonces tuvo que contentarse el duque con desear á Génova, la cual al fin conservó á Zuccarello, pagándole 160.000 escudos de oro. Durante la larga paz que siguió, fué rodeada de un cuarto recinto de murallas que, comprendiendo un espacio de ocho millas, se extiende desde el Faro hasta el valle de Bisagno, y llegó á coronar la cresta de los montes. Trató de sujetar á los corsarios, que infestaban sus costas; disminuyó el poder de la Inquisicion; y así como llevaba las reliquias de San Juan Bautista á la plaza para serenar las tempestades, se esforzaba en mantenerse en paz con las potencias que fomentaban sus facciones intestinas para humillarla y perderla, y además hacia lo posible á fin de permanecer neutral en medio de las pretensiones y guerras de Francia, España y el Imperio.

La Córcega repetía: *Antes los turcos que los genoveses*; y habiéndose puesto Pedro de Ornano á la cabeza de los rebeldes, recorrió toda la Europa en busca de socorros; hasta trató con Soliman y con los piratas argelinos; pero Génova le hizo asesinar, y la isla volvió á tascar el freno.

Tenemos que referir ahora nuevos desastres. Los Gonzagas, señores de Mantua y de Guastalla, habian adquirido pelear con valor en los ejércitos imperiales, el poder de tiranizar á sus súbditos, y que Carlos V erigiese el país en ducado (1530), al cual reunió el Monferrato (1533); para quitarlo á la temida casa de Saboya. La heredera de los Paleólogos, marqueses de Monferrato, se habia casado con Federico II de Gonzaga, y un hijo segundo, descendiente de este matrimonio, habia llegado á ser, por su union con Enriqueta de Cléveris, el tronco de la rama Gonzaga de Nevers y Rethel en Francia. Francisco IV de Mantua, esposo de Margarita de Saboya, hijo de Carlos Manuel, murió sin dejar más que una hija, de edad de trece años, llamada María. El cardenal Fer-

nando, su tío, se hizo cargo de la tutela, y despues hasta del título de duque de Mantua y de Monferrato. Pero Carlos Manuel alegaba antiguos derechos de su casa de Monferrato, además de pretenderlo como feudo femenino, perteneciente á su nieta; con un enorme aumento por vía de dote y compensacion. El hecho es que ambicionaba la posesion de aquella fértil provincia, señora del Pó y á dos pasos de Turin; mas los españoles se la disputaban con igual ardor por estar próxima á Milan y ser peligrosa en manos de semejante guerrero á causa de la ciudadela de Casale. Aunque todos los hombres prudentes aconsejaron á Carlos no intentasen una empresa que debia trastornar toda la Italia é irritar contra él á la Francia y á la España, se obstinó en ello; sin consideracion á los demas, ni temor por sí, amenazaba, proclamando en alta voz su intencion de asegurar la libertad de Italia, cuyo único sosten en adelante era él; y no habiendo valido de nada las negociaciones con España, é intimándole el duque de Lerma *obedecer*, invadió el Monferrato.

Entonces España hizo que el gobernador de Milan atacase el Piamonte; Toscana y Francia se declararon en favor del cardenal Fernando, y en vano se esforzaron Venecia y el papa en triunfar de la tenaz resolucion de Carlos Manuel. Su hijo Filiberto, como almirante de España, desembarcó tropas destinadas á marchar contra su padre; sus parientes de la casa de Nemours tomaron las armas contra él, pues la España era hábil para herir en el corazon; pero Carlos, no ménos intrépido que obstinado, lisonjeó á los unos haciendo resonar en sus oídos el gran nombre de Italia; impuso á los demas, ayudado de la envidia y de la avaricia; movió medio mundo, y concluyó por atraer á franceses á su partido.

Acaecía esto en la época de la guerra de los uscocos: reunidos la España y el emperador contra Venecia y la Saboya, parecian decididos á destruir enteramente la Italia, mientras á instigacion del Austria, las galeras del duque de Osuna y á los corsarios istriotas se disponian á infestar las costas de Niza y las del Adriático. Fuéle, pues, posible al astuto ministro Sca-



glia obtener de Venecia, no ostensibles socorros, pero sí subsidios; Francia ayudó por envidia, y las famosas espadas de Lesdiguières y de Carlos no dejaron que España recuperase su honor comprometido. Sin embargo, Fernando tuvo á Mantua y el Monferrato por el tratado de Pavia, y aumentó su fama guerrera, pues habia sostenido con escasas fuerzas un terrible choque, tanto que los bohemos pensaron elegirle por su rey.

A Fernando de Mantua sucedió Vincente II, el cual murió sin hijos. Entonces Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, se presentó para entrar en posesion de los dominios que habian pertenecido á sus colaterales, y robusteció sus derechos casándose con María, único individuo que existía, como ya hemos dicho, de la extinguida rama. Pero Carlos Manuel volvió á alegar sus pretensiones y se entendió con los españoles, que si bien habian garantizado su sucesion al duque de Nevers, no sufrían que un francés adquiriese dos países; de poca extension, pero muy importantes por su posicion militar. Los dividieron, pues, entre sí de antemano; y los españoles atacaron á Casale, que debia pertenecerles con otras partes del territorio. El emperador invocó á su vez sus derechos de alta soberanía, y pretendió que el duque de Nevers se sujetase á él en la apreciacion de sus títulos; pero éste, en lugar de suscribir á ello, trató de poner en buen estado de defensa á Mantua y Casale. Gonzalo de Córdoba, gobernador de Milan, consumió fuerzas, tiempo y reputacion contra la inexpugnable Casale, mientras que Carlos Manuel ocupaba á Trino y las demás plazas que le estaban destinadas, y derrotaba un ejército numeroso, á sueldo del duque de Nevers. Luis XIII, apenas se hubo apoderado de la Rochela, pasó los Alpes en persona con Richelieu, á tiempo que el duque de Nevers y los venecianos invadían el Milanésado; y Carlos Manuel fué derrotado en Susa.

Poseyendo ya este último las tierras de que hablaba el pacto con los españoles, vaciló su fé, y prestó oído á las proposiciones de Richelieu, el cual combinó entre él, Venecia y Mantua una alianza para librar á la Italia de los españoles, debiendo el papa proporcionarles

ochocientos caballos, el rey de Francia dós mil, Venecia mil doscientos, Mantua seiscientos, y cada uno de ellos un número diez veces mayor de infantes. Poco tardó en despertarse el temor á los franceses. No habiendo podido Carlos Manuel adquirir de aquella manera ni el Monferrato, ni Génova, se quejó dolorosamente, y cuando se presentaron las tropas francesas, les negó el paso. Entonces Richelieu, vistiendo el arnés guerrero, pasó el Dura; y Montmorency derrotó en Avigliana al duque de Saboya, que se habia unido á Spinola, gobernador de Milan, y á los soldados de Waldstein.

Era aquel el momento en que hubiera importado más á los católicos permanecer unidos, para hacer frente á los protestantes en la guerra que despues se llamó de los Treinta años. Pero la política era superior al sentimiento religioso, y por un país que no pertenecía á la Francia ni al Austria, aquellas dos potencias se hicieron enemigas mortales. El conde duque de Olivares declaró que la dignidad de la corona de España se hallaba comprometida; decíase en Viena: *Haremos ver á los italianos que aún hay un emperador: vamos á arreglar nuestras cuentas con ellos*. Fernando II se proponia resucitar los antiguos derechos respecto de Roma, y revisar la adquisicion de Urbino: *Hace cien años*, decia, *que se saqué á Roma; y en el día debe estar más rica que entonces*. De esta manera se preparaban los católicos á hacer la guerra al papa.

Los hechos eran peores que las palabras, pues se ordenó á las terribles bandas alemanas que dejasen un momento de devastar el territorio germánico para atacar un país nuevo é intacto. Eran aquellas bandas la hez de la milicia aventurera, no viviendo más que de robos, sin patria ni otro sentimiento sino el de la codicia del botin. Exacerbados en su feroz latrocinio por el gusto de perjudicar á los católicos, siendo ellos luteranos, bajaron con Altringen, Galasso y otros famosos capitanes, terror de la infeliz Alemania, por la Valtellina á la Lombardia, sembrando tras de sí la asolacion y la impudencia. Sitiaron á Mantua, y aunque tenían la seguridad de que se rendiria á los pocos dias, los generales quisieron tomarla por